

**La escuela ¿conoce bien el terreno histórico que pisa o está fuera de tiesto? El humus actual, el que chicos y chicas absorben calladamente, es lo que diseña su rostro, más que las lecciones**

**o las modas. Cuesta dar con sus componentes en el laboratorio (y ya sugerimos algunos en nuestro número anterior). Hoy apuntamos a una rara substancia que nos es demasiado familiar**

“Me pregunto si, al atravesar paso a paso con perplejidad y miedo los umbrales de un tiempo nuevo, no habrá algún acontecimiento capaz de dar un giro a la historia; un giro que ya está de algún modo contenido, sentido y auspiciado por la cultura más avanzada de nuestra época. Tal acontecimiento es la aparición del Otro: la crisis de nuestra civilización como final de un monólogo (14.11.91)”.  
Ernesto Balducci, *El Otro. Un horizonte profético*, (ACC c/Sierra de Oncala 7, 28018 Madrid, 2001).

Esta cala en el humus contemporáneo mundial (y escolar) la realizó en Italia el escolapio Ernesto Balducci (1922-1992) todavía en el siglo XX, el que va desde el hundimiento del Titanic (1912) a la aparición del *otro* en la escena mundial (el 11S de 2001 en las Torres Gemelas de Nueva York), tras pasar por dos guerras mundiales y dos bombas atómicas.

Y el siglo XXI ¿va mejor?

Balducci, con sólo 10 libros en castellano – de los más de 50 que publicó en vida – fue un fino analista del mundo laico y cristiano y de su escuela. Para él, la agresividad – todavía asumida y sostenida por nuestra cultura – es el mayor incordio de nuestra época y de nuestra pobre escuela trasnochada. Aquí unas páginas de un inminente libro suyo en castellano\*.

## RAÍCES BELICOSAS EN NUESTRA CULTURA

**Ernesto Balducci  
Florencia (Italia)**

**1** Yo estoy convencido de que la crisis – más aún, las crisis actuales – han de comprenderse como momentos internos de una mutación antropológica que me gusta definir como un paso de la cultura de guerra a la cultura de paz. Uso el término cultura con el rico espesor que tiene en antropología, donde indica el sistema de símbolos, de normas éticas, de representación de la realidad visible e invisible, codificado en la conciencia de un grupo social que lo transmite de generación en generación como un legado de cohesión y de identidad. La cultura que los occidentales



\* Texto de una ponencia suya en diciembre de 1983 en Roma.  
Cf. E. Balducci, *Una scuola per la pace* (en PPC, Madrid, otoño de 2015).

hemos heredado se caracteriza por adoptar la agresividad como principio organizativo de la sociedad, un principio racionalizado por las filosofías, sublimado por las religiones, codificado en la leyes, encarnado en el príncipe, honrado en los héroes y, por fin, transmitido en las escuelas. En esta cultura, desde los albores del neolítico a hoy, la guerra aparece verdaderamente como la madre de todas las cosas. El otro principio, el de Eros, no ha desaparecido nunca, pero casi no ha logrado más que abrir algún breve paréntesis en el curso compacto de la cultura de guerra: un paréntesis jamás cerrado, pero que la cultura dominante lo ha llenado de patéticas aspiraciones hacia el más allá; es el evangelio cristiano [...].



La cultura de nuestra sociedad ha perdido seguridad en sí misma y la capacidad de crear un futuro que la prolongue. Refiriéndose a la escuela, ya en estado de crisis en todas las naciones, Edgar Faure<sup>1</sup>, en la introducción del Informe que lleva su nombre, constataba en los primeros años 70 que la crisis de la escuela revelaba un mal de fondo, un mal de naturaleza antropológica. No dice de qué mal se trata. Yo aventuro la hipótesis de que se nutre de la distancia entre la experiencia nueva que hoy viven los pueblos y los hombres a escala planetaria, y la cultura que transmiten las escuelas, obstinada en ser, como quiere la paideia tradicional, una cultura particular, etnocéntrica, es decir, inspirada en la

1 Edgar Faure (1908-1988), político francés que dio nombre en 1973 al Informe educacional de la UNESCO Aprender a ser.

agresividad [...].

Es un distanciamiento apocalíptico, dado que los procesos reales de la sociedad son de tal naturaleza que hacen posible, y hasta probable, la muerte universal. La agresividad de la era nuclear ya no se puede racionalizar [...] ha roto todos las barreras, hasta el punto de que, si se activan los fines para los que ya ha dispuesto sus instrumentos, la historia humana acabaría en el dies irae.

De ahí la necesidad, reconocida por la conciencia e invocada desde las profundidades biológicas de la especie, de una mutación cultural, es decir, de un traspaso cualitativo que nos permita conducir hacia objetivos positivos para toda la comunidad humana lo que Einstein llamaba el "segundo fuego", la energía nuclear. Eso significa, advertía el mismo Einstein<sup>2</sup>, que hoy se necesita cambiar el modo de pensar, abandonar los principios básicos de la cultura de guerra para adoptar, aunque parezca una locura, nuevos principios básicos de la cultura de la paz.

**2** [...] Cualquier forma de enseñanza que parta de algunos principios indiscutibles es, aunque parezca inspirada por la libertad, una fuente de dogmatismo y, si se da el caso, de fanatismo bélico. Se olvidaron de ello incluso los racionalistas, a pesar de su veneración por Locke. Una vez derribado el dogmatismo de la escuela del ancien régime, [...] introdujeron en la tradición cultural de la escuela nuevas formas de dogmatismo, nuevos principios que no admitían discusión [...] Las anticuadas supersticiones, tan ásperamente criticadas en la escuela clerical, se sustituyen con nuevas supersticiones, verdades de razón en apariencia, sobre las leyes inmutables de la naturaleza.

**3** Cualquier tipo de educación que se remonte a principios inmutables transmite, lo quiera o no, una postura ética de fondo que desprecia al hombre, una desconfianza radical en las capacidades de su inteligencia y, por lo tanto, de su conciencia para regularse ella misma [...] Yo creo que la primera característica de un educador a la altura de la crisis actual es

2 Albert Einstein (1879-1956), científico alemán fundador de la Teoría de la Relatividad.

su fe en el hombre, ya sea en sentido universal – es decir, la fe en los recursos que esconde la especie en sí misma y que podrían aflorar para elevarla a un nivel más alto de humanidad –, ya sea en un sentido – que me gustaría llamar pedagógico – como confianza en la capacidad de cada conciencia para dar una respuesta nueva a los desafíos del entorno personal y social. Hablando de la guerra en términos del pacifismo absoluto, Einstein concluía: “Y sin embargo, a pesar de todo, aprecio tanto a la humanidad que estoy convencido de que este fantasma maléfico habría desaparecido hace mucho tiempo, si el sentido común de los pueblos no se hubiera corrompido sistemáticamente mediante la escuela y la prensa, gracias a los especuladores del mundo político y del mundo de los negocios”.

Sin un semejante aprecio por la humanidad, hoy día un educador contribuye a la tarea corruptora de la escuela [...] Un punto esencial para analizar el presente es detectar las ideas innatas en que se atrinchera su aparato ideológico y, en primer lugar, la escuela.

**4** La primera de las ideas innatas que impregna completamente la paideia occidental es el etnocentrismo. Examinad los programas escolares, incluso los acariciados por el soplo de la novedad, y no os será difícil descubrir la acción nefasta del dogma que ve nuestra historia como historia del mundo y, los valores elaborados por nosotros como la medida absoluta de la civilización [...] Prisioneros como estamos de una monocultura, es obvio para nosotros que la única historia del pensamiento es la iniciada en Grecia y, la única religión digna de confrontarse con el pensamiento humano, el cristianismo.

En el proyecto de una cultura de paz ocupa el primer puesto dismantelar este racismo ideológico e instaurar una relación entre culturas que ni suponga ni pretenda hegemonía alguna y que asuma, como punto de referencia común, la



liberación del hombre de todas las condiciones que le impidan tomar en sus propias manos el destino de la tierra. La escuela debería contribuir a este cambio, construyendo en los jóvenes una nueva memoria histórica que abarque la especie entera, comenzando por la historia biológica sumergida bajo millones de años y que nos advierte sobre la precariedad y contingencia de nuestra existencia sobre el planeta tierra. No se trata de aumentar hasta el infinito los contenidos cognitivos, se trata de construir una óptica diferente...

**5** Una segunda idea innata en nuestra escuela es que “la guerra es madre de todas las cosas”, y más aún, que en sus múltiples formas competitivas esta es una ley ineliminable. No es que hoy se diga directamente semejante cosa. Se insinúa de formas indirectas, por ejemplo, mediante una enseñanza de la historia o de la literatura cuyo paso inductivo, desde lo que

siempre ha sucedido a lo que necesariamente debe suceder, es inevitable. Sin la distancia crítica adecuada es difícil no crear en los alumnos la admiración por los vencedores y el desprecio por los vencidos y, al final, la identidad entre razón y fuerza [...]

El filtro con que en el pasado se procuraba establecer una conexión racional entre el uso de la fuerza física y el imperativo moral del respeto por la vida era la guerra justa [...]

¿Qué hace la escuela?, ¿cómo evitará que las nuevas generaciones comprendan que, si acaso existió, se ha terminado ya la era de las guerras justas? Subconceptos de la guerra justa, como defensa y victoria, ya no tienen en la era atómica correspondencia alguna con la verdad de los hechos. Y la única posibilidad de vivir a la altura de los principios morales ya no es más que hacerse responsable de toda la especie humana, y el camino impuesto por tal responsabilidad es destruir las armas [...]

La escuela, utilizando las actuales antropologías críticas, debería desmontar el mito del hombre violento por naturaleza y demostrar que la naturaleza del hombre es la cultura, y que desarrollar su agresividad o su mansedumbre depende de la cultura en que le ha tocado nacer y crecer.

**6** Una tercera idea innata es la neutralidad de la ciencia [...] William James<sup>3</sup>, al principio del siglo XX, estaba convencido de que en el pasado el ejército había dado forma y estructura a algunas virtudes humanas como el altruismo y la disciplina, pero que ya esta tarea debería pasar a las organizaciones industriales, cuyo triunfo será el triunfo de la razón sobre la fuerza bruta. De este racionalismo tecnológico ya no queda nada. La técnica es hija de la ciencia, y la ciencia, hasta en su almacén epistemológico, obedece a su manera a las presiones de la ideología, es decir, en última instancia, al poder. El análisis de los supuestos ideológicos de la investigación científica ya es una práctica usual en los ambientes más vivos de nuestra cultura. No hace falta que yo insista

<sup>3</sup> William James (1842-1910), filósofo y psicólogo estadounidense, el mayor representante del pragmatismo.

[...].

La escuela en sus asignaturas científicas socializa cada vez más las conquistas cognitivas de los científicos y, por lo tanto, cría potenciales trabajadores en la gran fábrica de la muerte. La tropa de colaboradores con el aparato atómico es enorme [...] Y los átomos sólo serán verdaderamente para la paz cuando las conciencias también sean para la paz, es decir, cuando la transición de la cultura de guerra a la cultura de paz se realice.

Me importaba demostrar, por una parte, cómo la escuela está enredada en la misma crisis que oscurece el mundo y, por otra, cómo ella puede realizar un servicio indispensable para superar la crisis...

